

CARLOS ALFONSO RODRÍGUEZ

Canto a mi mismo

Desde las fibras telúricas de la patria inca,
la tierra de los hijos del sol,
los saluda amigablemente Carlos Alfonso Rodríguez.
Nací en abril, a las dos de la madrugada.
El doctor diagnosticó parto natural, y así sucedió.
Por fortuna mi madre no fue hospitalizada
y mi nacimiento se produjo en mi casa
del jirón José Leal setecientos sesenta y tres (763)
para alegría de mis padres y de mis hermanos
en el mismo barrio donde hoy todavía vivo,
en el barrio de Lobatón, cerca al parque de Matamula,
alrededor de otros parques también bellos y atractivos,
como el parque de los bomberos,
el parque del Mariscal Castilla,
el parque de los poetas y el parque de don Pedro Ruiz Gallo,
monumentos dignos a hombres igualmente dignos.
Me pongo a pensar y observo todo el porvenir que me espera.
Un universo preñado de oportunidades
que se abren a mi paso.
Todo es absolutamente nuevo para mí
mientras yo no lo haya descubierto,
mientras no sea el testigo. Mientras yo no beba
el agua de sus fuentes.
La humanidad es mi morada y en ella tengo verdes pastizales
para el descanso, arroyos y quebradas en mi camino,

muchos mares y océanos para enrumbar mi barco.
Estoy dispuesto siempre a disfrutar la llegada del mejor día,
que es, desde luego, el que esta mañana empieza y asoma.
Tenía veinte años cuando entonces
le declaré mi amor sincero
a la poesía y a la creación en la fosforescencia de mi vida.
Caí rendido completamente a los encantos de sus brazos,
y que además, para ser franco, es lo único junto con mi mujer
que he tomado en serio. Por ella no
amanezco borracho en tabernas
o bares hasta quedar exánime y tirado como un desecho,
no me extravió en horas vagabundas en medio de luces
o serenatas nocturnas de zancudos
y otros insectos los fines de semana.
Tal vez puede que sea demasiado temprano hoy
para echarme algunas generosas flores de mi parte.
Pero no debemos dejar para mañana lo que podemos
hacer ahora mismo y en estos precisos momentos.
Mi mujer me sabe repetir al oído «¡Eres un ángel!»,
y lógicamente, como todo buen hombre,
inmediatamente me lo creo,
y digo: «El ángel Carlos Alfonso estira sus alas hermosas,
finísimas y enormes como un cóndor orgulloso en las alturas
recónditas y siderales». Y suele suceder que el mismo ángel
que asciende a las cúspides más altas debe volver a la realidad
a contemplar todas las cosas a ras del suelo.

Y veo para suerte mía
y felicidad personal que toda área me interesa:
las artes, por ejemplo; pero también las guerras,
los deportes, el campo
militar, la industria, los negocios,
el origen de la vida y las plantas,
la medicina, los inventos, en fin,
nada humano me es extraño.
Luego pienso que lo mejor que podemos hacer por los demás
es hacer precisamente algo por nosotros mismos.
Y me elogio y me ensalzo,
y construyo cantos e himnos con mi nombre, en la certeza
de que si yo no fuese capaz de hacerlo por mí,
nadie más lo haría, mucho menos a las mil maravillas.

Fin de una historia de amor sin pies ni cabeza

Para mi bien te marchaste y desde esa fecha
nadie cuestiona mi mal gusto de vestirme,
mi costumbre de quedarme hasta altas horas
de la noche viendo la tele los viernes y los sábados,
la supuesta perdedera de tiempo leyendo
el periódico los domingos en la tarde,
o la lectura casi furtiva de una pequeña novela.
Ni sufro la frustración de ir de viaje a un pueblo
porque era más importante ahorrar para el futuro
que ya no veremos (al menos juntos).
Se acabaron también felizmente las trágicas
dramatizaciones cómicamente teatralizadas
todas las mañanas todas las noches en varios actos.
Hoy, lejos de ti, disfruto un bello atardecer a plenitud.
Sentado en una piedra en medio del río San Carlos,
escuchando su canto y bañándome en sus aguas
transparentes y benditas por la mano de la Naturaleza;
sin preocupaciones de ninguna clase pero contento
porque cuando regrese no te encontraré en mi casa,
y más aún, porque amanecerá la nevera llena de leche,
queso, huevos frescos y mi sabrosa mermelada.

La viuda alegre

La señora Juana Orozco de Valverde,
para que digan los vecinos que trabaja,
llega temprano al «Hotel Polvo Eres»
y revisa el pago al día de los pasajeros.
Luego parte a las carreras, haciendo sonar
sus afilados y ruidosos tacones.
Se pasea en un elegante carrazo
último modelo, recientemente comprado.
Yo la veo movilizarse por el malecón,
en los parques, en los centros comerciales.
Ella es una artista cuando camina
moviendo sus caderas y su cintura
como una gallina de doble pechuga.
Viene de la zapatería con tres pares de zapatos.
Viene de la peluquería con cinco clases de peinados.
Viene del supermercado y del gimnasio.
Y cuando tira sus buenas canas al aire, suspira:
«¡Ay, todas las cosas que puedo hacer,
gracias a Ruperto Valverde Pulgarín, el muerto!»